

Chloè Widhölz

Hay brújulas que están mejor perdidas

Copyright © 2017 por Chloè Widhölz

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del escritor, excepto en el caso de breves citas incorporadas en revisiones críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de copyright.

Primera

UNIVERSIDAD DE WASHINGTON

Seattle, octubre 21.

Sección de Formación Profesional.

Sra. Rose Marie Welch.

[...]

Rose no podía estar más contenta ni aunque quisiera. Su sueño se estaba haciendo realidad después de tanto tiempo.

—Edward, —se dirigió hacia el chico de pelo alborotado, que dejó de escribir en su pequeña libreta para poner atención a lo que ella estaba a punto de decirle—. Me han aceptado —la chica sonrió mostrando todos sus dientes y con un brillo en los ojos que la hacía parecer más bonita a los ojos de Edward.

Compartió la felicidad de su amada, la escuchó la noche entera planificar su vida en torno a esos planes. Ella estaba tan feliz y, por supuesto, eso a él lo hacía feliz. Incluso cuando el amor de su vida se iba a ir al otro lado del mundo en cuestión de días.

Y lo único que él quería es que ella fuese su rutina.

Segunda.

No habían pasado más de veinticuatro horas desde que Rose había partido, pero yo ya la extrañaba. Cuando se está enamorado es lo que pasa: no puedes dejar de extrañar ni puedes olvidar, por mucho que lo intentes.

De cualquier manera, ya comenzaba a extrañar todos aquellos cosméticos que solían ocupar gran parte del tocador de nuestra habitación.

Caminé hacia el estudio, cogí una pluma y una hoja de papel para escribirle una carta a Rose, así para cuando ella se instalara, la carta habría llegado ya. Podría haberle mandado un mensaje de texto, cosa que ya había hecho varias veces en las horas previas, pero no había respondido.

Además, una carta nunca pasaba de moda.

¿Cómo puedo escribir para ti, Rose?

Londres te echa de menos. Muchísimo. Pero yo más. Ah, y Pipo también.

No ha pasado ni un día desde que te has ido y nuestro pequeño apartamento se siente vacío sin ti.

*Espero que te esté yendo bien en la universidad y espero que **no** hayas conocido a nadie que te haga olvidar que me echas de menos de la misma forma en la que yo lo hago.*

Nunca podría explicarte con palabras cómo tu ausencia me ha dejado un hueco en el pecho. No me quiero imaginar cuando pase más tiempo, si con tan solo un día ya estoy pasándolo un poquito mal sin ti.

Siento que no haya podido ir contigo allí, pero ambos sabemos que no puedo dejar de lado mi carrera.

Te quiero,

Edward.

Y así, analicé la carta una vez más. No sabía expresar cuánto la extrañaba, pero la intención es lo que cuenta.

Me di la vuelta para mirar a Pipo, el cual parecía algo decaído, seguramente igual que yo.

—Yo también la extraño, amigo —murmuré y recosté mi cabeza en el respaldo de la silla.

Tercera.

Rose no respondió.

Podía entenderlo: el ajetreo de la mudanza, acostumbrarse al nuevo lugar, los trabajos, etc., etc.

Tendría poco tiempo para responder mi carta, pero realmente la extrañaba muchísimo.

No quería molestarla ni distraerla de sus estudios, pero una carta más no haría ningún daño. En algún momento tendría que leerla.

Querida Rose,

entiendo que estés ocupada y por eso no me quejo de que no me hayas contestado.

De alguna manera, me gustaría que estuvieras aquí. Estoy seguro de que todavía no he asimilado que ya no estás a mi lado cada mañana al despertar.

Supongo que me siento solo. Extremadamente solitario, especialmente en las noches como éstas, en las que no tengo tu compañía.

Me gustaría, sin embargo, poder verte. Abrazarte y besarte una vez, dos veces, tres veces...

¿Cómo es tu vida allí? ¿Te duele cuando piensas en mí?

Tengo tantas preguntas que hacerte.

Sin embargo, estoy seguro de que me olvidaré de todas ellas cuando me encuentre contigo.

Te quiero, Rose.

Con amor,

Edward.

Extrañaba tanto a Rose que dolía. Ella solía ser mi fuente de alegría, como un rayo de sol. Así era ella, tan optimista y animada. Estaba seguro de que había hecho un montón de amigos, y pondría mi mano en el fuego al afirmar que ahora que estaba cumpliendo su sueño era aún más feliz.

Pero me dolía que fuese feliz sin mí allí.

Dejé la pluma en la mesa, estirándome en la pequeña silla que tenía en el balcón del pequeño apartamento.

Observando el cielo, las estrellas y una media luna, algo me decía que no todo iba como debería.

—Oh Rose —suspiré, manteniendo la mirada fija en el cielo—. ¿Piensas tanto en mí como yo en ti? Quisiera pensar que sí.

No sabría decir en qué momento caí dormido.

Cuarta

Querida y adorada Rose,

¿sabes de qué me he dado cuenta hoy?

En un día como este, hace veintiséis meses confesaste mi amor por mí. Me acuerdo de que yo no podía hablar después de que me lo dijeras. De hecho, ni sabía cómo reaccionar.

Estaba muy sorprendido, y ¡tan entusiasmado!

Estoy escuchando música, y sorprendentemente, mientras me acuerdo de ti, tu canción favorita está reproduciéndose. ¿Una coincidencia oportuna, tal vez?

Recuerdo que después de que me dijeras que me amabas, me empezaste a hablar sobre tus anteriores relaciones, que salieron mal, y yo estaba escuchando a medias porque seguía sin asimilar la situación, y no sabía cómo expresar algo coherente.

De repente, te contesté: "Yo también te amo." Tú sorprendida, porque sonaba forzado. Otra pena por eso. Tú sabías que yo te gustaba y yo sabía que con el tiempo estaríamos anudados en una relación. Ha pasado más de un año desde que vivimos juntos, y a pesar de todos los altibajos, nos seguimos amando.

No podríamos jurar entre sí una historia de vida, pero todavía quiero muchos, muchos capítulos de mi vida contigo en ella. Te quiero más y más cada segundo que pasa.

Te echo muchísimo de menos,

Edward.

Quinta

Hola, Edward,

(supongo que te llamas así, porque así firmas en todas tus cartas).

Sólo decir que sé que te estás preguntando quién soy y por qué envío esto.

No te conozco de nada, pero déjame halagarte con decirte que pareces un chico muy profundo y poético. De esas personas que sabes que son poesía por cómo te hacen sentir con sus palabras, aunque la mayoría de esa clase de personas no saben lo que hacen sentir.

Tan sólo explicarte, que, por error, envías tus cartas a la dirección errónea, supongo que te habrás equivocado al apuntarla, o el cartero no sabe leer y me las trae a mí por error.

Espero que soluciones pronto el problema, aunque no me molestaría en absoluto seguir recibiendo tus cartas, aunque no sean para mí. Admito que me gusta la forma en la que te expresas.

Sin más que añadir;

un saludo,

April.

Sexta

Hola, Edward.

He estado esperando dos días por tus cartas, pero no me ha llegado ninguna más, para mí mala suerte. Reconozco que podía sentir cada palabra, sílaba y letra como si estuviese hecha para mí. Pero en el fondo sabía que no.

A pesar de no haber hablado nunca contigo, ni haberte visto, ni conocerte, tus cartas me encantaron.

Supongo que eres de esas personas que son poesía, porque no tienen ni idea de lo que te hacen sentir.

Tal vez para ti seas un chico peculiar que le escribe cartas a su novia, pero puedo decirte que eres más que eso.

¿Eres escritor? Porque escribes como si hacerlo fuese la cosa más fácil y bonita del mundo. Ojalá respondas o envíes otra carta.

Realmente me gustaría.

La chica que añora tus cartas,

April.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

